



CARTA PASTORAL

A TODOS LOS SACERDOTES Y SEMINARISTAS,
A LOS MIEMBROS DE LA VIDA CONSAGRADA
A LAS FAMILIAS, A LOS JÓVENES
Y A TODOS LOS FIELES LAICOS DE LA ARCHIDIÓCESIS

“LE HABLARÉ AL CORAZÓN” (Oseas 2, 16)

SOBRE LA PASTORAL VOCACIONAL

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España



CARTA PASTORAL

**A TODOS LOS SACERDOTES Y SEMINARISTAS,
A LOS MIEMBROS DE LA VIDA CONSAGRADA,
A LAS FAMILIAS, A LOS JÓVENES
Y A LOS FIELES LAICOS DE NUESTRA ARCHIDIÓCESIS**

**«Le hablaré al corazón»
(Os 2, 16)**

Sobre la pastoral vocacional

**✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España**

Edita: Arzobispado de Toledo.

Imagen de portada: Raúl Berzosa, «San José». Óleo sobre lienzo. Capilla de la Inmaculada Concepción de Toledo.

Dep. legal: TO 247-2021.

Toledo, 2021.

ÍNDICE

I. Introducción.....	5
II. «Escuchar» la realidad.....	7
III. Dios «ilumina» nuestra realidad.....	12
A. La luz de la Sagrada Escritura.....	12
B. La luz de la vida de los santos.....	15
C. La luz del Magisterio de la Iglesia.....	17
IV. «Hacer» lo que dice el Señor.....	18
A. Líneas de actuación.....	18
B. Propuestas de actuación.....	26
V. Conclusión.....	36

I. INTRODUCCIÓN

1. «*Le hablaré al corazón*» (Os 2, 16). He querido recurrir al profeta Oseas para dar título a esta Carta pastoral porque en estas palabras veo reflejado el comienzo, el sentido y el apoyo de toda vocación, particularmente, la vocación sacerdotal: todo pasa por ese diálogo de amor por el que Dios habla y toca el corazón humano. Su palabra llega a nosotros envuelta en misericordia y gracia. Y en ese encuentro entre el Corazón de Cristo y el nuestro, puede surgir la respuesta a su llamada.

En varias ocasiones he tenido la oportunidad de compartir con vosotros algunas de mis experiencias en el que fue y será mi querido Seminario Diocesano de Toledo. Y os he hablado de mis formadores, profesores y directores espirituales. Tampoco os he ocultado algunos de los momentos en los que fui comprendiendo cómo Jesús me invitaba a seguirle, en particular a través de los Ejercicios Espirituales.

En el marco aún de este año dedicado a san José, Patrono de la Iglesia universal y también del Seminario, quisiera entregaros en esta Carta pastoral algunas reflexiones que considero necesarias en el actual contexto social y diocesano, para que la vocación al ministerio sacerdotal siga siendo suscitada en toda la archidiócesis, custodiada en el Seminario y finalmente reconocida y sellada por la Iglesia a través de la sagrada ordenación. ¡Cómo no recordar a este respecto la permanente preocupación de mis predecesores hacia nuestro Seminario y hacia las vocaciones! Desde aquella histórica carta pastoral «Un Seminario nuevo y libre» del Cardenal don Marcelo González Martín en el año 1973, los esfuerzos de los arzobispos y demás instituciones diocesanas han sido tantos que nuestra archidiócesis se ha visto muy bendecida por Dios con numerosos, celosos y santos sacerdotes.

2. El misterio de toda vocación, también al sacerdocio, nos remite al **Corazón de Jesús**. En Él fuimos creados y llamados a vivir en comunión con Dios. En esto consiste la santidad, como nos enseña san Ignacio de Loyola: «*El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su ánima.*» En el encuentro con Cristo descubrimos esta llamada básica y fundamental¹ y en el diálogo íntimo con Él se nos manifiesta el camino concreto en el que cumplirla: el sacerdocio, la vida consagrada o el matrimonio cristiano. Por ello, desde mi entrada en nuestra querida archidiócesis, me he esforzado en afirmar la primacía de la vida del espíritu y la necesidad que tenemos de la oración y de aprender a orar «según el Espíritu» (Judas 20).

3. La presente carta pastoral quiere centrarse en las **vocaciones al sacerdocio**, pues, cuidando éstas, cuidamos las demás. En efecto, toda la vida cristiana encuentra su «fuente y su culmen» en la Eucaristía², la cual llega a nosotros a través del ministerio de los sacerdotes, y, junto a la Eucaristía, el perdón de los pecados y todos los demás bienes de la redención de Cristo necesarios para la realización de aquella vocación fundamental a la santidad. Por eso, el sacerdocio ministerial está al servicio de todas las demás vocaciones; más aún, es necesario para la realización de todas ellas. «*Donde haya sacerdotes que cumplan bien con su misión habrá un laicado floreciente, y sin sacerdotes, de ley ordinaria, no lo habrá*»³. Por ello, promoviendo las vocaciones sacerdotales, promovemos todas las demás vocaciones. Yo mismo lo recordaba justo hace un año: «*siempre necesitamos más seminaristas para que tengamos abundantes sacerdotes con los que podamos afrontar el reto de la evangelización*»⁴, sacerdotes que sean transparencia fiel de la bondad y del amor del Corazón de Cristo, según la acertada expresión del santo Cura de Ars: «*El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús*».

1 «*Cristo, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación*» (Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Gaudium et Spes*, 22).

2 Conc. Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 11.

3 Cardenal Marcelo González Martín, «Un Seminario nuevo y libre», 5.

4 Arzobispo Francisco Cerro, Carta pastoral *Consolad, consolad a mi pueblo*.

4. El **objetivo de esta Carta pastoral** es hacer una llamada a que los ojos de toda la archidiócesis se vuelvan a dirigir al Seminario para redescubrir en él el corazón a donde llega su sangre en la persona de sus niños y jóvenes y desde donde, transformados por Cristo, son enviados a todos los lugares para bombear la fuerza de la gracia que da vida y lo renueva todo. Necesitamos revitalizar el clima vocacional que siempre ha caracterizado a nuestra archidiócesis de Toledo en sus parroquias, en sus familias, en sus movimientos, en la vida consagrada.

Por ello, os invito a dar conmigo **tres pasos de manos de san José**: «escuchar», en primer lugar, los signos de los tiempos que nos toca vivir, como hizo San José; en segundo lugar, mirar con fe cómo el Señor nos está «hablando al corazón», como a san José, cuyo corazón estaba abierto siempre a Dios, incluso cuando dormía; y, por último, «actuar» juntos, sirviéndonos de todos los medios que hay al alcance para suscitar y cuidar la vocación sacerdotal, como san José, que, tras recibir la Palabra del Señor, se levantó y obedeció rápidamente a la palabra del ángel.

Nos jugamos el presente y el futuro de nuestra archidiócesis. Hay muchos y nuevos desafíos, que requieren respuestas nuevas y apasionantes. Por eso hace falta llenar el Seminario de Toledo con nuevas vocaciones. Sí, llenar el Seminario, para que en todos los pueblos y rincones no falte a nadie la gracia y el consuelo de nuestro Señor Jesucristo.

II. «ESCUCHAR» LA REALIDAD

5. San José, según nos narran los evangelios de la infancia, mira la realidad de modo profundo y se implica decididamente en ella. Él escucha la realidad (Mt 2,22), se deja afectar por ella, la toma en su ánimo (Mt 1,20) e incluso experimenta el temor ante los desafíos que le presenta (Mt 1,20; 2,22).

También la Iglesia, que no es ajena a la realidad humana (GS 1), escucha la realidad para reconocer los signos de Dios en los tiempos y, desde la fidelidad a Él, responder a los desafíos de cada momento histórico (GS 4).

ARZOBISPO DE TOLEDO

Recuerdo el Seminario de Toledo cuando yo era seminarista. Tras la memorable carta pastoral de don Marcelo, «Un Seminario nuevo y libre», y como fruto de su interés y preocupación por las vocaciones sacerdotales, se produjo un notable aumento en el número de seminaristas tanto en el Seminario Mayor como en el Menor de nuestra archidiócesis.

Desde entonces, son muchos los cambios que se han producido en la sociedad y en las familias, lo cuales influyen y condicionan actualmente, en mayor o menor grado, la capacidad de escucha, de discernimiento y de respuesta de los niños y los jóvenes.

No es el momento de ofrecer un análisis detallado y completo sobre la realidad actual, pero sí me gustaría apuntar algunos aspectos de la misma que nos ayuden posteriormente a orientar las líneas de la pastoral vocacional en nuestra archidiócesis.

Invierno demográfico

6. Un primer elemento que no podemos obviar es el progresivo y acusado descenso de la natalidad que se viene dando en España en los últimos cuarenta y cinco años, hasta convertirle en el segundo país europeo con la menor tasa de nacimientos después de Italia, según las estadísticas del año pasado. Este dato, unido a la mentalidad de fondo, influye indudablemente en el descenso de las vocaciones al sacerdocio.

Enfriamiento en la fe

7. El invierno demográfico corre parejo al proceso de secularización de nuestra sociedad y, hasta cierto punto, también al enfriamiento en la fe de nuestras comunidades cristianas. Se habla, no sin razón, de que la crisis de vocaciones en Occidente se debe a una crisis de fe. Al incremento del número de quienes se confiesan sin religión o cristianos que se dicen no practicantes, se añade la introducción de una cierta mentalidad mundana y relativista en muchos cristianos y el olvido de la vida eterna, lo cual se traduce en una merma del fervor

en la vivencia cristiana, en una pérdida de empuje y de generosidad a la hora de un compromiso concreto y continuado en el tiempo, mucho más si ese compromiso es de por vida e implica a toda la vida. Puede darse el caso de que, incluso en familias cristianas, se valore la labor y la misión de los sacerdotes y se diga que entregan a Dios los hijos, pero, cuando alguno de ellos pide ingresar al Seminario o simplemente comienza a plantearse la vocación al sacerdocio, parece que cuesta que esa entrega pase al plano real, bajo las excusas de que «*el mejor Seminario es la familia*» o de que «*ya irás cuando seas mayor*». Viene a mi memoria aquella expresión de san Agustín en una de sus homilías: «*Temo al Señor que pase y no vuelva a pasar*». A menudo ocurre que cuando juzgamos que debe ser el momento, ya es demasiado tarde.

Cambios en las familias y en la educación

8. Por otra parte, hay varios factores actuales que inciden en nuestras familias y que influyen en la educación y en el modo como van configurando sus vidas los niños y los jóvenes.

En un número, desgraciadamente, cada vez más creciente, muchas de las familias sufren **procesos de separación** o de abandono de uno de los padres. Los grandes perdedores son los hijos en los que estas situaciones puede dejar profundas heridas, lagunas afectivas, inestabilidad emocional, inseguridad a la hora de tomar decisiones...

Por otra parte, los **avances científicos y técnicos** de los últimos años configuran el *modus vivendi* y el ambiente en el que nacen, crecen y son educados nuestros niños y jóvenes. Reconociendo las bondades de todo este progreso de cara a mejorar nuestras condiciones de vida, no se pueden ignorar otros aspectos menos positivos que juegan en contra de un clima donde se pueda escuchar y responder la llamada del Señor.

La **prosperidad material**, donde no falta de nada a nuestros niños y donde todo se les da casi sin la exigencia de ningún esfuerzo por su parte, va configurando su personalidad y deriva, en no pocos casos, en una tendencia a la comodidad y al capricho, a no saber valorar ni

agradecer las cosas, a un planteamiento egoísta de la propia vida, a la incapacidad para negarse a uno mismo y afrontar retos que conlleven esfuerzo y sacrificio. Así lo expresaba ya san Juan Pablo II: «El *‘bienestar’*, entendido solo en su vertiente material, tiende a imponerse como único ideal de vida, un bienestar que hay que lograr a cualquier condición y precio. De aquí el rechazo de todo aquello que sepa a sacrificio y renuncia al esfuerzo de buscar y vivir los valores espirituales y religiosos.»⁵

La era digital

9. Asimismo, los asombrosos avances de la era digital, de la informática, de la técnica y de las redes sociales han multiplicado las posibilidades de información y de interacción entre las personas. Pero, por otra parte, la rapidez y la inmediatez, propias de estos medios, pueden crear en los niños y jóvenes una **incapacidad para estar abierto a otro lenguaje** que requiera escucha, reflexión, silencio, como es el lenguaje de Dios que se percibe en la oración, así también como el vivir de la fe y de la esperanza, que no ofrecen un resultado inmediato y tangible.

De igual modo, los expertos alertan del alto riesgo que estos medios representan a la hora de crear todo tipo de **adicciones** y del peligro de la facilidad con que pueden acceder a contenidos inmorales que arrebatan su inocencia a edades cada vez más tempranas y crean en ellos una visión distorsionada de lo que deben ser las relaciones entre las personas, el significado de la entrega y el rostro verdadero del amor, quedando reducida su expresión física, la sexualidad, a un mero *«bien de consumo»*⁶.

Estigmatización social

10. No puedo dejar de señalar también, como otro factor que influye lamentablemente en el descenso de las vocaciones al sacerdocio, una cierta estigmatización social o, al menos, **desconfianza hacia la Iglesia** provocada, en parte, por la visión parcial y, a menudo, banal de la labor

5 San Juan Pablo II, Exh. ap. posts. «Pastores dabo vobis», 8.

6 Ibid.

desarrollada por los sacerdotes, y, en parte, desgraciadamente, por los pecados y los delitos cometidos por algunos de ellos, en los casos que se han demostrado fehacientemente que así ha sido, algo que, desde diversos ámbitos, se ha buscado generalizar proyectando una sombra de sospecha sobre la totalidad de los sacerdotes, mancillando así, injustamente, la labor intachable de su inmensa mayoría.

Podríamos decir, en términos generales, que estamos viviendo una situación parecida, salvando las distancias, a la era apostólica, donde la Iglesia primitiva no era de masas sino de grupos pequeños que se encontraba ante el desafío de evangelizar un mundo que se le mostraba hostil.

Momento de gracia y de esperanza

11. Pero esto es lo que hace más apasionante este momento histórico concreto pues representa para nosotros una preciosa **oportunidad de purificación y de conversión**, de afianzarnos más en el Señor, de vivir y predicar el evangelio en toda su pureza y confiar mucho más en Dios que no abandona nunca a su Iglesia, sino que la guía a través de su Espíritu y suscita en cada momento histórico nuevos evangelizadores y nuevas formas de evangelización.

De hecho, no nos faltan **motivos de esperanza** pues, hoy como ayer, podemos constatar cómo hay muchos niños y jóvenes que siguen respondiendo generosamente al Señor con el apoyo de sus familias, cómo aún se percibe en ellos el anhelo de cambiar el mundo y de ser parte activa de ello, la fascinación que en ellos causa la belleza y los ejemplos de autenticidad, generosidad, desinterés y entrega a los demás. A la vez, constatamos el gran servicio que los sacerdotes, en su amplia labor pastoral, prestan a la sociedad. A través de su ministerio fiel y entregado, unos encuentran alimento para crecer en la fe, otros, oportunidad para reencontrarse con la Iglesia como «hospital de campaña» donde son curadas las heridas de una vida sin Dios, y todos podemos ver, aun en la vasija de barro que son sus vidas, el Corazón cercano, amable, misericordioso y amoroso del Padre que sale a nuestro encuentro y nos salva.

III. DIOS «ILUMINA» NUESTRA REALIDAD

12. San José acude a Dios en las situaciones de temor e incertidumbre, y Dios sale en su ayuda, pues nada enciende más el corazón de un Padre que las necesidades de sus hijos⁷. Dios sale al encuentro de San José, porque quiso necesitar de él en su plan de salvación. Sí, quiso necesitarle para que Jesús naciese y creciera en el seno de una familia santa, para proteger al Niño y a su Madre de tantos peligros; quiso necesitarle para educar y hacer crecer el corazón sacerdotal de nuestro Salvador. De igual modo, Dios sigue interviniendo y llamando hoy a muchos niños, adolescentes y jóvenes, para que sean sus sacerdotes, porque los necesita para continuar su obra en el mundo, para que la Iglesia pueda realizar su misión.

Esta intervención divina ilumina la propia realidad. Las dudas y miedos de san José se disipan gracias a la luz que recibe en sueños (cfr. Mt 1,20; 2,13.19.22), donde Dios se le manifiesta iluminando su realidad y encandilándole con su misión. De modo similar, Dios ilumina nuestra realidad con su Palabra, la vida de los santos y el Magisterio de la Iglesia.

A. La luz de la Sagrada Escritura

13. Si tuviéramos que definir **qué es la vocación**, no dudaríamos en afirmar que es un don gratuito y amoroso de Dios, que reclama una respuesta generosa y oblativa del llamado. Sin embargo, este misterio no es tan simple y fácil de describir, y mucho menos de vivir, pues en ocasiones, esta llamada no percibe con claridad, y otras muchas, no es capaz de dar una respuesta o de mantenerla en el tiempo. Haremos un somero repaso por la Sagrada Escritura donde podemos ver reflejados

⁷ Una de las mayores necesidades de la Iglesia son los sacerdotes «sin los cuales no podría vivir ni realizar su misión» (Francisco, Exh. Ap. *Christus vivit*, 275). Es más, se trata de una necesidad no solo eclesial, me atrevería a decir que «el mundo, mientras exista, necesita sacerdotes y pastores, hoy, mañana y siempre» (Benedicto XVI, carta a los seminaristas del 18 de octubre de 2010).

estos aspectos y nos ayudará a ver cuán necesarios son una pastoral y un cuidado vocacional.

La llamada de Dios

14. En la Sagrada Escritura es claro y patente que **la iniciativa es de Dios**. Es Dios quien elige a Abraham y le colma de promesas. Es Él quien llama a Moisés, a Samuel, a los profetas y les confía una misión. Esta elección nace de lo más íntimo de su Corazón -«*llamó a los que quiso*» (Mc 3,13)-, y se percibe como una mirada de amor, que penetra la profundidad de nuestro ser. Es precisamente este el prisma adecuado para adentrarnos en el misterio vocacional, que no es otra cosa que una historia de amor.

La iniciativa divina, aun estando siempre presente, tiene una **especial incidencia en momentos de necesidad**. No es extraño notar cómo Dios llama a Moisés cuando ve el sufrimiento y clamor de su pueblo (cfr. Ex 3,7) o a los profetas cuando el pueblo y los dirigentes necesitan cambiar el corazón y volver su mirada a Dios. Lo mismo sucede en el Nuevo Testamento, Jesús llama a los doce justo después de compadecerse de la multitud, que vive como ovejas sin pastor (cfr. Mt 9,36).

Si las vocaciones son un don del Corazón de Jesús para la Iglesia y para el mundo necesitado, nuestra primera acción pastoral ha de ser la súplica constante y la esperanza confiada.

La respuesta del llamado

15. La Sagrada Escritura nos permite recorrer y profundizar en gran cantidad de matices que ponen de manifiesto las diferentes respuestas de aquellos que han sido llamados por Dios.

La respuesta de *Abraham* está marcada por una **absoluta confianza** en las promesas divinas. Por su fe somete su inteligencia y su voluntad al plan de Dios que le ha sido revelado. Un plan que es reflejo de la sabiduría y la bondad divina y que, por tanto, es digno de confianza.

La historia de *Moisés*, pone de manifiesto que **la vocación es un proceso**. Tras intentar liberar a Israel, al inicio de su vida, sin éxito, se

ve obligado a huir a Madián. Sin embargo, después de un proceso de formación y maduración logra estar preparado, y es ahí cuando Dios le confía su misión, porque ya no hay riesgo de que se apropie de ella, la salvación del pueblo es iniciativa y obra de Dios.

Samuel, nos hace caer en la cuenta de la importancia de una **preparación desde temprana edad**. Esta preparación tiene diversas manifestaciones, pues incluye a la familia con el ofrecimiento y la súplica de que Dios elija a su hijo; también se necesita la ayuda del sacerdote para reconocer la voz de Dios y responderle; y, finalmente, también el joven se dispone, aprendiendo en el servicio del altar la entrega de la propia vida, descartando que la edad sea un problema.

La respuesta de los *profetas* a la misión que Dios les confía, nos advierte de la **importancia del testimonio de vida**, pues son conscientes de que se predica no solo con palabras, sino principalmente con la propia vida⁸. En ocasiones incluso soportando y ofreciendo el rechazo y el sufrimiento, en definitiva, cargando con la propia cruz, que les une más íntimamente a Jesucristo⁹.

La **rapidez en la respuesta** de los *apóstoles*, no deja de sorprendernos. Esta inmediatez se convierte en una exhortación a estar preparados y procurar un lugar idóneo, como lo son nuestros Seminarios, donde estos niños y jóvenes llamados puedan responder inmediatamente.

Desgraciadamente, no todas las llamadas encuentran una respuesta generosa, la vocación del joven rico nos advierte que existen **peligros y obstáculos** que impiden a muchos niños, adolescentes y jóvenes decirle sí al Señor¹⁰, con la consiguiente tristeza de corazón. Por ello, se hace necesario procurar ambientes, que prevengan de estas ataduras y promuevan una auténtica libertad.

8 Cfr. Benedicto XVI, Mensaje jornada de oración por las vocaciones 25 de abril de 2011.

9 En la ordenación sacerdotal estas son las palabras del obispo dirige al ordenando: «conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor».

10 Cfr. Juan Pablo II, Exh. Ap. Pastores dabo vobis, 37

B. La luz de la vida de los santos

16. La historia de la Iglesia y, en particular, la vida de los santos son también una preciosa ayuda para nuestra pastoral vocacional.

La llamada de Dios en la vida de los santos

Los santos nos manifiestan que la llamada divina sigue **diversos caminos**, aunque el más normal es el de la familia¹¹.

Unas veces nace **de la escucha atenta de la Palabra de Dios**, como en el caso de *san Antonio, abad*, quién al escuchar las palabras del evangelio «*vende todo lo que tienes, da el dinero a los pobres y luego vente conmigo*» notó que eran leídas especialmente para él, y por eso, vendió sus posesiones y comenzó su vida ascética y de mortificación que a tantos cautivó.

Otras, como en el caso de *san Juan Bosco*, se fortalece **ante las diversas necesidades del momento**. La poca atención y cuidado a los niños y adolescentes, despierta en él el deseo de ser «el cura de los mocosos».

Otras veces se percibe como una luz especial que adquiere mayor esplendor **en el silencio de la oración** como en el caso de *san Juan Pablo II*, o se descubre en la sencillez de lo cotidiano, descubriéndose especialmente inclinado hacia las cosas de Dios, como le sucedió al *santo cura de Ars*.

La respuesta de los santos

17. Si las llamadas de Dios en la historia de la Iglesia son únicas, aún más lo son las respuestas de los diferentes santos. Pero hay un elemento común: la vida de los santos consiste en buscar cada instante agradar al Señor, esto es, no negarle nada a Dios.

Hay respuestas que enfatizan **la primacía de Dios**, pues se caracterizan por un abandono total en las manos de Dios, a lo que acompaña

¹¹ Cardenal Marcelo González Martín, exhortación día de san José de 1983.

ARZOBISPO DE TOLEDO

un ocultamiento como si de la vida en Nazaret se tratara. Este es la respuesta del beato *Carlos de Foucauld*, que sale al encuentro de los más olvidados y abandonados, para que viendo la bondad del servidor conozcan y se enamoren del Señor.

Otras respuestas se ven **alentadas por el testimonio sacerdotal**. ¡Cuántos santos sacerdotes han respondido con generosidad al Señor gracias al ejemplo de sus párrocos o de sacerdotes cercanos! Así sucedió, por ejemplo, al beato José Sala, primer rector del Seminario Menor: el ejemplo de su tío sacerdote le ayudó a entrar en el Seminario y marcó toda su vida hasta el martirio.

No menos cautivadora es la grandiosa **presencia real de Cristo en la Eucaristía**, tan íntimamente unida al sacerdocio, ya que ambos sacramentos nacieron el jueves santo del Corazón de nuestro Redentor. También la grandeza de tan alto don ha sido estímulo para responder generosamente al Señor, como le sucedió al pequeño Giuseppe Sarto, por ejemplo, quien más tarde se convertiría en el papa *san Pío X*, quien con solo doce años le decía a su madre: «*quisiera ser sacerdote. En la Santa Comunión he comprendido repentinamente esta mañana que el Salvador me llama para ser su ministro*».

Otras veces, la respuesta no es tan inmediata, pues requiere un **cuidado discernimiento**. Se requiere ir madurando poco a poco, en un proceso de creciente docilidad a la voz de Dios, como pone de manifiesto el proceso vocacional de *san Ignacio de Loyola*. A lo largo de esta larga búsqueda de la voluntad de Dios, sin duda fueron clave sus *Ejercicios Espirituales*, donde nos ha dejado luces permanentes para el discernimiento.

Finalmente, no faltan santos en los que podemos apreciar el grave problema de la falta de libertad, causada por los apegos del corazón. Tal vez sea *san Agustín* el que mejor nos haga caer en la cuenta de este peligro: «*debes vaciarte de aquello de que estás lleno, para que puedas llenarte de aquello de que estás vacío*». Solo la intimidad y el creciente enamoramiento del Señor, es capaz de romper las diversas cadenas que nos atan, y nos permite responder libremente.

C. La luz del Magisterio de la Iglesia

18. No podemos terminar sin recoger algunas de las principales aportaciones del Magisterio de la Iglesia en los últimos años, para entresacar, a continuación, algunas líneas de actuación concretas para la pastoral vocacional en nuestra archidiócesis.

El **Concilio Vaticano II**, ha sido en la Iglesia un momento de gracia singular. Particularmente ha supuesto un aliciente en la pastoral vocacional insertándola dentro de la propia llamada a la santidad, pero también insistiendo con vehemencia en que el cuidado y fomento de las vocaciones es cuestión de todos.

Este mensaje se ha vivido en nuestra querida archidiócesis, principalmente, a través del magisterio del **cardenal don Marcelo**, que consiguió crear una cultura y un ambiente vocacional. Esto lo consiguió con sus palabras, insistiendo constantemente en que «el problema de la vocación y las vocaciones es de toda la Iglesia», pero también con sus obras, esto es, procurando las condiciones necesarias¹² para conseguir que la gracia de la vocación alcance su fin.

Este magisterio toledano se desarrolló en una perfecta armonía con las enseñanzas de **san Pablo VI**, grandemente preocupado por la crisis de vocaciones sacerdotales. Tal era su preocupación, que no dudó en más de una ocasión a instar a sus hermanos en el episcopado a ocuparse con solicitud de esta pastoral instituyendo la Jornadas de oración por las vocaciones.

Uno de los puntos más altos de esta reflexión eclesial, llega con **san Juan Pablo II** en la exhortación «*Pastores dabo vobis*», donde se presenta la vocación como un diálogo entre «el amor de Dios que llama y la libertad del hombre que responde en el amor»¹³. En esta carta, además, propone una pastoral vocacional que implica toda la Iglesia, pues impregna todas y cada una de sus tres principales misiones: sa-

12 En su obra *Seminario nuevo y libre*, don Marcelo enumera tres condiciones: el espíritu de los jóvenes, el ambiente tanto familiar como parroquial, y la idoneidad de los lugares de formación, esto es, el Seminario.

13 Juan Pablo II, Carta ap. *Pastores dabo vobis*, 36.

cerdotal, profética y regia¹⁴. También el año sacerdotal convocado por el Papa emérito **Benedicto XVI**, supuso una profundización agradecida en el gran regalo del sacerdocio y las vocaciones sacerdotales, que son, parafraseando al santo cura de Ars, un don del Corazón de Jesús. Más concretamente en la vigilia de oración previa a la clausura de este año de gracia, sintetizó las tres acciones vocacionales por excelencia: la oración insistente, el testimonio ferviente de los sacerdotes y la propuesta valiente a los jóvenes¹⁵.

Finalmente, la exhortación apostólica «*Christus vivit*» del **Papa Francisco**, nos ha hecho reflexionar sobre el discernimiento en clave de amistad con Cristo. La llamada al sacerdocio la hace un amigo y, aunque sea exigente, los regalos del amigo alegran y entusiasman en lo más íntimo del corazón¹⁶. Es necesario formar la conciencia para un correcto discernimiento, y por eso, el Papa nos propone ayudas bien concretas como la oración, el conocimiento de uno mismo y la ayuda de personas que previamente han recorrido ese camino, respetando eso sí su libertad¹⁷.

IV. «HACER» LO QUE DICE EL SEÑOR

A. Líneas de actuación

Tras la mirada a la situación presente y la escucha a la voz de Dios, debemos ya intentar establecer unas líneas de actuación que, poste-

14 El desarrollo de esta pastoral la encontramos en los nn. 38-40 de la exhortación. Como acciones pastorales derivadas de la **misión sacerdotal** enumera la *oración* y el *ofrecimiento* de los sufrimientos, muy especialmente de los enfermos. En cuanto a la **misión profética**, insiste en la importancia de una *predicación* y una *catequesis*, intrínsecamente marcada por la dimensión vocacional, unida a la cercanía y el *testimonio* gozoso de los sacerdotes. Por último, derivado de la **misión regia**, el *acompañamiento* de niños y jóvenes a través de la dirección espiritual, y la experiencia de diversos *voluntariados*, les permitirá vencer los obstáculos que puedan encontrar para responder al Señor, así como la creación de grupos vocacionales donde puedan compartir y crecer en el discernimiento vocacional (cfr. san Juan Pablo II, Exh. Ap. *Pastores dabo vobis*, 64)

15 Cfr. Benedicto XVI, Vigilia de clausura del año sacerdotal 10 de junio de 2010.

16 Cfr. Francisco, Exh. Ap. *Christus vivit*, 288.

17 Se puede profundizar en esta temática en los nn. 278-298 de la exhortación.

riormente, se materializarán en propuestas concretas. Estas líneas de actuación recogen los principios irrenunciables que, tras la escucha de Dios, deben guiar nuestro actuar.

Poner a Cristo en el centro

19. **La vocación es «cosa de Dios»** y, descubrirla, implica entrar en su intimidad por la puerta de la oración, conocer su Corazón y mirar nuestra vida desde la perspectiva de su Amor. Solo pasando largos ratos «con quien sabemos que nos ama» y poniéndole a Él en el centro de nuestra existencia, se hace cada día más viva **la experiencia de este Amor divino** que nos salva, nos enciende en deseos de redención y de santidad, y nos dice que cuenta con nosotros para cosas grandes. Pero, para ello, es preciso apartarse con frecuencia del ruido del mundo, guardar silencio, como san José, para escuchar su llamada y ponerla por obra. Este **«primado de la vida interior»** nos lleva a hacer las cosas desde las razones más profundas que anidan en nuestra alma y no desde los dictados de la comodidad, el capricho personal y las modas. El silencio y la oración, en síntesis, nos disponen para estar más atentos a lo que Dios quiere, a la vez que nos ayudan a estar más dispuestos a las necesidades de los que están cerca y nos necesitan.

Apartarse del ruido y de la prisa del mundo en la oración, además, nos permite confrontar nuestra vida con el rostro de Cristo, cara a cara, **Corazón a corazón**. Pues solo desde el encuentro con Cristo se puede aspirar a esas metas que escapan a la lógica del mundo. Solo desde su mirada y desde el diálogo amoroso con Él, se puede «soñar» la santidad.

Hemos de intensificar, por tanto, el cuidado de la vida espiritual. ¡Volver a enamorarnos cada día de Jesucristo! ¡Volver cada mañana a elegirle a Él para construir nuestra vida! Debemos cuidar la oración, la vida de piedad, la adoración eucarística y los sacramentos, proponer y buscar jornadas de retiro y Ejercicios Espirituales para adolescentes, jóvenes, adultos y familias, facilitar el acompañamiento y la dirección espiritual... En definitiva, ayudarnos unos a otros a vivir nuestra vida siempre de cara a Dios, siempre dispuestos a escucharle y a seguirle,

pues, como nos decía hace poco el papa Francisco, «*solo quien está dispuesto a escuchar tiene la libertad para renunciar a su propio punto de vista parcial e insuficiente. Así está realmente disponible para acoger una llamada que rompe las seguridades pero que lleva a una vida mejor*»¹⁸.

Asumir la pastoral vocacional como tarea de todos

20. Poner los ojos en Cristo, querer vivir con Él y desde Él, conlleva proyectar la vida **en clave de seguimiento**, de llamada-respuesta. Por ello, cualquier planteamiento «en serio» de la propia existencia, en la perspectiva de la vida eterna, debe incluir como elemento fundamental la cuestión vocacional: «*Señor, ¿qué quieres de mí?*». Esta pregunta no puede quedar reservada para unos pocos «avanzados» en la fe, sino que ha de atravesar toda la vida de todo cristiano, haciéndose concreta cada día y configurando todos los planes y proyectos. En otras palabras, la vida cristiana solo es plena si se vive «detrás de Jesús», siguiéndole a Él. De lo contrario, la fe corre el peligro de convertirse en un simple «añadido religioso» a nuestra vida mediocre y monótona que, en definitiva, nos hace conformarnos con un sentimentalismo egoísta -«*¡qué bien me siento!, ¡cuánto me ayuda esto!*»- que no se transforma en obras, que no conduce a la conversión y, lo más peligroso de todo, que nos esconde el sublime plan de Dios para con nosotros: la llamada de Dios a la santidad pide de nosotros preguntarle constantemente «*¿qué quieres de mí?*» y estar dispuestos siempre a responderle con generosidad y sin temores: «*Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad*» (Sal. 39)

Por todo esto, la cuestión vocacional ha de ser **transversal a toda la pastoral** y ha de hacerse **explícita y habitual** en la vida de la familia, en la catequesis de iniciación cristiana, en las clases de religión, en la pastoral de los colegios, en las homilías, en las reuniones de monaguillos, en los grupos de jóvenes o de matrimonios, en los itinerarios de formación, en los medios de comunicación, en la pastoral de enfermos... En definitiva, a todos nos compete la misión de crear una cultura vocacional que nos

¹⁸ Francisco, Exh. Ap. *Christus vivit*, 284.

ponga a cada cristiano en clave de escucha y respuesta, de modo que podamos decir con Santa Teresita: «He hecho absolutamente todo lo que estaba en mis manos para responder a lo que Dios me pedía».

Comunicar la alegría del sacerdocio

21. La consecuencia primera de vivir la propia vida como una ofrenda total al Señor, de descubrir la llamada que Él mismo nos hace y secundarla, no es otra que la alegría. En efecto, las actitudes propias del llamado, especialmente del elegido para el sacerdocio, han de ser **la alegría y la constante acción de gracias**, pues no existe gozo mayor que entregar la vida por Dios en el servicio a los hermanos. ¡Es el mejor regalo que Él puede hacer a los hombres! Por eso, no deja de sorprenderme cuando encuentro a jóvenes temerosos que miran para otro lado al descubrir en sí mismos indicios de una posible vocación, que huyen de la renuncia que supone dejarlo todo para seguir a Cristo o que abandonan la oración por miedo a que Dios les pida demasiado. Asimismo, me duele ver a familias que se resisten a entregar a sus hijos, que consideran casi una afrenta que estos quieran ir al seminario para ser sacerdotes, que incluso llegan a darles la espalda cuando ellos se mantienen firmes en su deseo de seguir a Jesús... ¡Si supieran el inmenso don que Dios les está haciendo al elegir a uno de los suyos para este ministerio!

Debemos alejarnos de la tentación de construir nuestra vida sobre nuestros planes mundanos, huir del peligro de buscarnos solo a nosotros mismos y de proyectar la vida y la felicidad de nuestros hijos según nuestros propios deseos que, en no pocas ocasiones, están guiados por una visión intramundana de la vida y por la lógica de la economía, del prestigio o del éxito; esto no genera más que tristeza, egoísmo, esterilidad y desesperanza. Hemos sido creados para la entrega y **solo somos felices cuando vivimos aquello para lo que hemos sido creados**. Por ello, tenemos que volver a descubrir la alegría de quien, en Jesús, ha conocido el Amor, y recuperar el gozo de ser cristianos, elegidos y amados por Él. ¡No tengamos vergüenza de

seguir a Jesús! ¡No tengamos miedo a ser felices! ¡No renunciemos a la alegría de la santidad! Hagamos un ofrecimiento afectivo y efectivo de nuestras personas a Dios y pidámosle que llame a los nuestros, que elija sacerdotes de entre los niños y jóvenes de nuestras familias, de nuestras comunidades parroquiales o de los grupos y movimientos de nuestra querida archidiócesis.

Es tarea de todos, pero especialmente de los sacerdotes, vivir siempre desde esta alegría contagiosa que es, a la vez, luz en medio de la tiniebla de la mediocridad y signo elocuente de que Cristo está vivo y nos ama. Manifestad en cada cosa que hagáis, queridos hermanos sacerdotes, el inmenso gozo de ser todo y solo de Dios. **¡Evangelizad con la alegría!** No privéis a quienes se encuentran con vosotros del testimonio gozoso de una vida entregada que, sin lugar a dudas, será fermento de nuevas vocaciones. Y vosotros, padres y madres de familia, no tengáis miedo a la vocación de vuestros hijos, pues la ofrenda que de ellos hacéis no tiene un sentido de pérdida, sino, más bien, de apertura a un gozo y a un don todavía más grandes, pues los padres del futuro sacerdote, al entregar a su hijo, son bendecidos con una familia mayor.

Admirar y agradecer el don de la vocación sacerdotal

22. Si bien es cierto que la vocación es un don gozoso de Dios que, como nos recordaba santa Teresita, Él da a los que quiere – *«He aquí el misterio de mi vocación, de mi vida entera y, sobre todo, el misterio de los privilegios que Jesús ha querido dispensar en mi alma... Él no llama a los que son dignos, sino a los que quiere»*, decía ella – no podemos olvidar que nosotros somos «administradores cuidadosos»¹⁹ de este don. Es por ello que el pueblo de Dios tiene que **pedir de manera incansable** al *Dueño de la mies que envíe trabajadores a su mies* y comprometerse en el cuidado de las vocaciones, a la vez que eleva su acción de gracias por el regalo de los sacerdotes.

A veces no llegamos a caer plenamente en la cuenta del don que supone el sacerdocio en nuestras comunidades y no terminamos de

¹⁹ Francisco, Exh. Ap. *Amoris Laetitia*, 287.

valorar la vocación sacerdotal y la necesidad que tenemos de ella. Por eso quiero advertir del terrible **peligro de «acostumbrarnos»** al don, de considerar que «tenemos derecho» a que haya sacerdotes en nuestras parroquias o de esperar a que «nos los manden del cielo». Es responsabilidad y tarea de todos tener sacerdotes. Como os dije recientemente, es verdad que *«nuestra archidiócesis de Toledo cuenta con un buen número de sacerdotes que no sólo sirven a las parroquias del territorio diocesano, sino que también están desarrollando su ministerio en otras diócesis de España y del mundo. Pero esto no debe descuidar la atención a la pastoral vocacional; necesitamos muchos y santos sacerdotes. El fomento de la vocación sacerdotal tiene su fuente en la familia y en las comunidades cristianas, por eso os ruego que recéis y trabajéis para que surgen nuevas vocaciones sacerdotales que permiten a nuestra Iglesia diocesana renovarse y ofrecer su riqueza sacerdotal a la Iglesia universal»*²⁰.

Pasar de la pastoral de la espera a la pastoral de la propuesta

23. *«Tenemos que seguir potenciando nuestros Seminarios, para que nunca nos falten abundantes vocaciones sacerdotales, tan necesarias, y que siempre son pocas para lo que necesitan nuestros pueblos, parroquias y nuestra gente. Tenemos que estar en campaña vocacional siempre. No solo cuando toca. Por eso hay que trabajar mucho en la pastoral de infancia y juventud. Si cuidamos la vida cristiana de los monaguillos, de todos los que están en nuestras catequesis, estamos sembrando semilla vocacional. Hay que pasar de una pastoral vocacional de la espera, a una pastoral vocacional de la propuesta»*²¹. En efecto, es misión de todos cuidar las vocaciones, pedir las y fomentarlas. No podemos cansarnos de ofrecer la vocación sacerdotal para que nuestros niños y jóvenes descubran que la alegría más grande es gastarse y desgastarse siguiendo al Señor y en el servicio a los hombres. Una propuesta que, por otra parte, hemos de hacer explícita y evidente, sobre todo en el seno de la familia, que es el ámbito privilegiado para escuchar la llamada de Dios

20 Carta dominical publicada en la revista diocesana «Padre nuestro», 2 de agosto de 2020.

21 Carta dominical publicada en la revista diocesana «Padre nuestro», 15 de marzo de 2020.

y aprender a responderle con generosidad. Así nos lo decía san Juan Pablo II, «Dios llama a quien quiere, por libre iniciativa de su amor. Pero quiere también llamar mediante nuestras personas. Así quiere hacerlo el Señor Jesús. Fue Andrés quien condujo a Jesús a su hermano Pedro. Jesús llamó a Felipe, pero Felipe llamó a Natanael (cfr. Jn 1, 33ss). No debe existir ningún temor en proponer directamente a una persona joven, o menos joven, las llamadas del Señor. Es un acto de estima y de confianza. Puede ser un momento de luz y de gracia»²². En otras palabras: Dios quiere contar con nosotros para salir al encuentro de muchos niños y jóvenes, quiere servirse de nosotros para llamar a muchos a seguirle, y no podemos desentendernos de esta tarea, que es también nuestra. Sí, los niños y jóvenes **necesitan saber que Jesús los llama**. ¡Necesitan que alguien se lo digan, que alguien les muestre que, si Dios llama ahora, es para responderle ahora, aunque todavía sean niños!

No obstante, esta propuesta debe también **respetar la libertad**, ser perseverante, pero no agobiante, pues no somos nosotros quienes asignamos vocaciones ni tampoco está en nosotros el criterio último de discernimiento. Más bien, somos colaboradores en una misión que nos sobrepasa y que debemos asumir con humildad y prudencia, pues una insistencia obstinada al proponer la llamada de Dios – no pocas veces ha pasado esto – puede llegar a «asfixiar» una vocación que es verdadera. «Los jóvenes necesitan ser respetados en su libertad, pero también necesitan ser acompañados. La familia debería ser el primer lugar de acompañamiento»²³. En ocasiones, el mejor acompañamiento es el que pone a los niños y jóvenes delante del Señor y después sabe apartarse, guardar silencio orante y esperar con paciencia, respetando los tiempos de Dios.

Ser, con los santos y como los santos, «apóstoles de la vocación»

24. Finalmente, para avivar en nuestros corazones esta llama de la vocación, hemos de mirarnos en el espejo de los santos, los mejores

22 San Juan Pablo II, Mensaje para la Jornada Mundial de Oración por las vocaciones 1983.

23 Francisco, Exh. Ap. *Christus vivit*, 242.

hijos de la Iglesia. Todos ellos, de un modo u otro, han sido auténticos «**apóstoles de la vocación**», pues han vivido su vida en esta clave de llamada-respuesta, de escucha y entrega, de ofrenda generosa y dócil a la voluntad de Dios, dando así testimonio de que solo en Él tiene sentido la vida del hombre. Conocer su ejemplo, saber cómo han descubierto la voz del Señor que les llamaba a seguirle, admirar su respuesta decidida y valiente, en muchos casos en medio de terribles peligros y adversidades, nos recuerda también hoy a nosotros que la pregunta «¿qué quieres de mí?» es inseparable de nuestra felicidad, de nuestra llamada concreta a la santidad. «Dios no hace santos clonados, sino que configura nuestra santidad personal con la artesanía de su amor personal y único, de llamada y respuesta»²⁴. Así, nadie puede ser santo «a su manera», pues la santidad y la felicidad de cada uno coinciden siempre con el plan de Dios, y, para secundarlo, hay que ponerse irremediabilmente a la escucha y responder sin titubeos ni medias tintas.

Por todo esto, **miremos a los santos**. Propongamos sus vidas a nuestros niños y jóvenes como proyecto real y apasionante para sus vidas. Acerquémosles los innumerables testimonios de sacerdotes santos como san Juan de Ávila, el santo Cura de Ars, san Ildefonso de Toledo, santo Tomás de Villanueva o tantos sacerdotes mártires. Hablémosles de todos aquellos que, ya en su más tierna infancia, escucharon la voz de Dios que les llamaba a ser sacerdotes y respondieron inmediatamente. Que conozcan a quienes, como el beato Manuel Domingo y Sol y tantos otros, han consagrado su vida al cuidado de las vocaciones, o se han dedicado por entero a rezar por los sacerdotes y seminaristas y su santificación desde los monasterios. Conozcamos a esos padres y madres de familias santos que convirtieron sus hogares en auténticos seminarios domésticos – san Juan Pablo II, por ejemplo, habla así de su padre en el libro *Don y misterio*: «Entre nosotros no se hablaba de vocación al sacerdocio, pero su ejemplo fue para mí en cierto modo el primer seminario, una especie de seminario doméstico». Acudamos a todos ellos, aprendamos de los santos a ser también nosotros santos.

24 Francisco Cerro Chaves, Carta pastoral «Sal y luz», 30.

B. Propuestas de actuación

Pasemos, a continuación, a concretar algunas actuaciones que nos ayude a recuperar el ambiente vocacional y a remover, cuando los haya, los obstáculos que impiden que la llamada del Señor encuentre generosas respuestas. Muchas de estas propuestas ya se vienen desarrollando en nuestra archidiócesis de manos de la Delegación de Pastoral vocacional y del trabajo de todos los sacerdotes. Al plasmarlas aquí quisiera agradecer todo el recorrido realizado y que tan buenos y fecundos frutos ha dado y, a la vez, pedir a todos reavivar nuestro decidido compromiso por las vocaciones sacerdotales.

La oración, fuente de vocaciones

25. La primera actuación es **dar primacía a la oración y a la vida de la gracia** en todos los ámbitos de nuestra iglesia diocesana. Podemos organizar muchas actividades, poner en funcionamiento muchos planes y realizar multitudinarias convocatorias, pero si esto no parte de la oración y no lleva a la oración, al encuentro personal y vivo con Cristo, no habremos hecho nada, será todo estéril y no veremos frutos de vida eterna. La pastoral vocacional infalible es la que responde a la petición del Señor: «Rogad al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (Mt 9,38). Por ello, agradezco y pido se mantenga e incluso se instaure, en los lugares donde todavía no se hace, la oración por las vocaciones sacerdotales **todos los jueves** ante Jesús Sacramentado, a la que se invite a participar a todos, también a niños y jóvenes, y donde se recen preces propias por esta intención. Asimismo, animo a que, donde no se haga aún, se incorpore una petición vocacional en la oración de los fieles de cada celebración.

De igual modo, no puede haber encuentro de niños, adolescentes y jóvenes sin **momentos de oración** donde se les ofrezca y facilite el encuentro con Cristo vivo en la Eucaristía y el recurso también al sacramento de la reconciliación. Al mismo tiempo, os pido que no se tenga reparo en organizar **retiros espirituales o tandas de Ejercicios**

espirituales, adaptadas en duración y formato a las diversas edades, destinadas a adolescentes y jóvenes. Por experiencia personal, puedo decir que no hay ámbito mejor para escuchar la voz del Señor y descubrir lo que Él quiere de cada uno.

En esta misma línea, por otra parte, estoy convencido de que la **vida contemplativa** juega un papel fundamental en la promoción y el cuidado de los futuros sacerdotes. «Sus miembros buscando solo a Dios en soledad y silencio, en asidua oración y generosa penitencia, mantienen siempre un puesto eminente en el Cuerpo Místico de Cristo..., por mucho que urja la necesidad del apostolado activo»²⁵. Por ello, hago un llamamiento especial a todos los miembros contemplativos a que den prioridad en sus oraciones a esta intención: «*Danos más y mejores vocaciones, que haya muchos y santos sacerdotes*».

La Iglesia, engendra y es servida por sacerdotes

26. El Seminario es el corazón de una diócesis, un motor que bombea esperanza a toda la Iglesia, una casa al servicio de todos y siempre abierta, puesto que todos formamos parte de ella. **El Seminario es hechura nuestra, en colaboración con el Espíritu Santo**²⁶: las familias, las parroquias, los movimientos, las asociaciones, las hermandades y cofradías, todos necesitamos un sacerdote para vivir la vida cristiana, recibir las gracias del cielo y cumplir nuestra vocación a la santidad. Las vocaciones es una cuestión de todos. Por la importancia de esta cuestión, la archidiócesis de Toledo tiene un **Delegado de Pastoral vocacional** y cada arciprestazgo un encargado de vocaciones. A ellos se les confía la misión de potenciar y coordinar las actividades de promoción vocacional, pero no olvidemos que todos debemos colaborar con ellos en promover y cuidar las vocaciones sacerdotales; todos debemos tomar sobre nosotros esta intención como prioritaria y nunca tenerla como un apéndice en nuestras reuniones o como un aviso más dentro del año litúrgico cuando llega la campaña del Seminario.

25 Concilio Vaticano II, Decreto *Perfectae caritatis*, 7.

26 Cardenal Marcelo González Martín, *Seminario nuevo y libre*, 213

ARZOBISPO DE TOLEDO

El planteamiento vocacional debería ser **eje transversal de las distintas iniciativas y materiales que las delegaciones y secretariados** promueven y preparan, e incluso en los medios de comunicación social. Todos nos tenemos que involucrar, porque necesitamos de la gracia divina, de los sacramentos y, por tanto, de celosos sacerdotes que muestren a qué sabe el amor de Dios.

Dos fechas nos muestran esta verdad de manera singular: la **fiesta del Reservado** y la solemnidad de san José.

La primera, recuerda el momento en el que Jesús sacramentado se «reservó» por primera vez en nuestros seminarios. En mi etapa de formación fui testigo del gran aprecio hacia esta fiesta por parte de los fieles de las parroquias, de modo particular entre los de la ciudad. Son muchos los sacerdotes, religiosos y laicos que, año tras año, acuden a nuestros seminarios para compartir con los futuros sacerdotes su amor por la Eucaristía. Sacerdocio y Eucaristía es un binomio inseparable, no habrá sacerdotes sin Eucaristía ni Eucaristía si no tenemos sacerdotes. Quisiera animar a las familias, parroquias, movimientos apostólicos e incluso a los colegios diocesanos a descubrir el sentido profundo de esta fiesta y a participar en ella. Solo amamos aquello que conocemos. Si conseguimos que nuestros fieles conozcan a nuestros seminaristas, haremos que los quieran, que los sientan como suyos y, por tanto, que pidan por el aumento y la santidad de los llamados.

La segunda, es el **Día del Seminario**. San José formó el corazón sacerdotal de Jesús y hoy sigue cuidando y forjando el corazón de los futuros sacerdotes. En torno al día 19 de marzo los seminaristas salen a las parroquias, colegios y familias para compartir su experiencia vocacional. La fe y la vocación, en la medida en que se comparten, se fortalecen y expanden. La experiencia gozosa del seguimiento de Cristo testimoniada por un niño o un joven seminarista es el mejor aliciente para hacer germinar una futura vocación.

La colecta del Día del Seminario nos recuerda la importancia de nuestra **colaboración económica** en favor de las vocaciones. Quiero dar las gracias a tantos sacerdotes, religiosos y laicos que cada año colaboráis en el mantenimiento de nuestros Seminarios. Sois muchos

los que ayudáis a través de las binaciones de misas, como es preceptivo en nuestra archidiócesis desde tiempos de don Marcelo, las colectas en vuestras parroquias, por medio de la asociación «Amigos del Seminario» o directamente como benefactores del Seminario. Debemos orar para que el Señor siga bendiciéndonos con numerosas vocaciones y con personas generosas que sostengan económicamente a aquellos candidatos que, por diversas circunstancias, no pueden costear sus estudios.

27. El Seminario es una casa siempre abierta, porque el Señor no deja de llamar. Son muchas las actividades que ofrecen nuestros seminarios para niños, adolescentes y jóvenes que sienten la vocación sacerdotal: preseminarios, torneos, campamentos...

Hago memoria agradecida del gran regalo que ha supuesto para nuestra archidiócesis las **convivencias de monaguillos**, fecunda sementera vocacional para la Iglesia. Los sacerdotes habéis sembrado y cuidado el ambiente vocacional en las parroquias. Vosotros habéis sido imprescindibles en estas convivencias. Seguid teniendo este encuentro de monaguillos como fecha clave en vuestras programaciones.

28. El contacto del Seminario con las familias, parroquias, movimientos y colegios debe ser frecuente. El Seminario es cuestión de todos y así debemos vivirlo. Las visitas al mismo, las oraciones vocacionales de los jueves, las oraciones de familias y las jornadas de puertas abiertas nos ayudan a entender y vivir la vocación sacerdotal como un don de Dios para la Iglesia. Quisiera también subrayar el valor singular de las vigilias que se organizan en el Seminario y en algunas parroquias en vísperas de las sagradas Órdenes.

La familia, semillero de las vocaciones

29. El hogar y la familia es el lugar donde la madurez cristiana grana vocaciones a la vida consagrada²⁷. La unión esponsal es el trono sagrado

²⁷ San Juan Pablo II, Carta para la Jornada Mundial de Oración por las vocaciones, 1984.

de la vida. Las familias cristianas abiertas al don de la vida deben estar también abiertas al don de la vocación sacerdotal.

Invito a los esposos a que hagan **ofrenda de sus hijos al Señor**. Así, nuestras familias serán auténticos semilleros, donde se valore y fomente la vocación a la vida sacerdotal. Una pastoral vocacional no tiene futuro sin familias. El Movimiento Familiar Cristiano, Equipos de Nuestra Señora, Proyecto Amor Conyugal y otras iniciativas en nuestra archidiócesis deben despertar, promover y acompañar las vocaciones entre sus hijos sin miedos ni rodeos. Ofreced lo más grande que habéis recibido como don del cielo, a vuestros hijos, al mismo Señor; Él nunca se dejará ganar en generosidad.

La familia cristiana que vive en ambiente de oración humilde se convierte en verdadera Iglesia doméstica. Los grupos de «Oración de madres» repartidos por toda la archidiócesis están haciendo una gran labor. Aunque la oración no es cuestión solo de la madre, cuando ella reza, la familia reza. La oración por las vocaciones y por la santidad de los sacerdotes no debe faltar en estos grupos y en la oración de las familias. Si los hijos ven a sus padres rezar por las vocaciones descubrirán el gran don que supone esta llamada y podrán hasta plantárselo.

Animo a los padres a cuidar la oración personal y familiar para que «ayuden a sus hijos prudentemente a elegir su vocación y fomenten con todo esmero la vocación sagrada cuando la descubran en sus hijos»²⁸. Solo en oración podréis ayudar a vuestros hijos a la hora de abrirse a la llamada de Dios y llevarla a cabo en amor y libertad.

«Los padres deben ser para sus hijos **los primeros educadores de la fe**, mediante la palabra y el ejemplo, y deben fomentar la vocación propia de cada uno, pero con cuidado especial de la vocación religiosa»²⁹. Los padres son los primeros formadores en una vocación. La Delegación de familia y vida y el Seminario ofrecen a los esposos abundante material para que se formen bien y estén preparados a la hora de detectar y acompañar una posible vocación sacerdotal.

28 Concilio Vaticano II, Decreto *Apostolicam actuositatem*, 11.

29 Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen Gentium*, 11.

En este sentido tienen una especial importancia los grupos de «San José» que se han ido implantando en nuestras parroquias. Los padres juegan un papel fundamental en la formación de un futuro sacerdote, como san José ocupó un lugar central en la formación del Buen Pastor. La presencia y compañía de un padre, su confianza y firmeza, así como el buen hacer en su trabajo van forjando en el hijo un alma varonil y un corazón paternal. Un sacerdote está llamado a ser «padre de almas» sin caer nunca en compadreo ni actitudes despóticas. El buen ejemplo de un padre es la primera piedra en la formación de una vocación sacerdotal.

Quiero terminar este apartado dirigiéndome a los padres de los sacerdotes y seminaristas. Gracias a quienes apoyáis y animáis a vuestros hijos en el seguimiento de Cristo con vuestra oración, comprensión y el amor que les dais, que son de un valor extraordinario. Gracias por vuestra generosidad.

La parroquia y los movimientos apostólicos, sustento de las vocaciones

30. Nuestro Seminario ha permanecido hasta ahora con pujante vida, gracias a las familias cristianas de dentro y fuera de la archidiócesis y también gracias a las parroquias, a sus movimientos y asociaciones. La parroquia es el ámbito de la Iglesia-familia, donde se debe potenciar y cultivar la llamada del Señor.

La mejor campaña vocacional es un **sacerdote enamorado del Señor**, entregado y alegre. El sacerdote que vive en plenitud su vida, unido esponsalmente a Cristo, se convierte en un poderoso interrogante para niños y jóvenes. Quiero sacerdotes alegres, al estilo de Dios, que vivan de la alegría del Espíritu, con mesura, que su gozo sea el progreso espiritual de sus fieles³⁰, sacerdotes que sepan entregar su vida en lo oculto, con sencillez, que hagan el bien y sepan desaparecer, que sean padres, sabiendo morir para que otros tengan vida. Esos sacerdotes son la mejor simiente para una generosa cosecha vocacional.

30 Cfr. Oración colecta, memoria de san Gregorio Magno (3 de septiembre).

31. El encuentro con Cristo, que llama, es el origen de toda vocación. El servicio al altar es un momento muy especial de intimidad con Jesús. Es urgente que se recuperen y se revitalicen en nuestras parroquias los **grupos de monaguillos**. Si no cuidamos esta cantera vocacional se lo ponemos difícil al Señor. La experiencia nos dice que, si hay monaguillos, en contacto con el Señor y con sacerdotes fervorosos y entregados, hay vocaciones. San Juan Pablo II recuerda que muchos sacerdotes y él mismo, fueron monaguillos en su niñez³¹. La creación de grupos de monaguillos y el cuidado de estos chicos y sus familias debe ser una tarea prioritaria en la parroquia, de modo que, por medio de la formación y la introducción en la vida de oración, aquellos no se limitaran solo a desempeñar, de modo material, el servicio del Altar, sino que encontraran su sentido y cohesión, su «alma», en el encuentro y la relación de amistad con Cristo, con la ayuda y la mediación de los sacerdotes.

32. La parroquia es también una familia que forma a los fieles como hijos de Dios y hermanos en Cristo. La cuestión vocacional no puede estar ausente en los procesos de **formación catequética** de nuestras parroquias. La clave vocacional debe acompañar todo el proceso catecumenal y convertirse en su propia meta. Una auténtica iniciación cristiana despertará, en cualquier momento de este itinerario, pero sobre todo al final, la pregunta: «Señor, ¿qué quieres de mí?, ¿cómo quieres que te sirva en mis hermanos en este mundo?»³² De ahí que el sacerdocio deba ser presentado como vocación al amor en las catequesis y en los grupos juveniles de nuestras parroquias. A este respecto, permíteme que señale, como dos momentos preciosos para ello, la catequesis de Primera Comunión, en la que los niños están especialmente abiertos al Señor y también la que prepara para la recepción del sacramento de la Confirmación. Esta última, pese a las dificultades propias de la adolescencia, puede ayudar mucho a los chicos a encontrar en Cristo el sentido de la vida y la respuesta a sus preguntas.

31 Cfr. San Juan Pablo II, Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo 2004.

32 Directorio de la iniciación cristiana.

33. Para que esta propuesta vocacional no sea algo artificial es necesario cultivar en los niños y jóvenes **acompañamiento espiritual y vida de oración**. Pienso, de modo especial, en los sacerdotes jóvenes, sobre todo los vicarios parroquiales, que acompañáis a los grupos juveniles en las parroquias y en los campus universitarios: ¿no tengáis miedo de proponer explícitamente la vocación sacerdotal como camino de seguimiento del Señor, camino hermoso y de gran necesidad para los hombres de nuestro tiempo!

34. La parroquia es una familia que sirve. La atención a los más necesitados, descubriendo en ellos el rostro de Cristo, es una de las notas más características de nuestra fe. No podemos decir que amamos a Dios si no amamos a aquellos que más nos necesitan, los pobres y los enfermos (cf. 1 Jn 4,20). Sabemos de teoría que los más pobres son los escogidos del Señor, pero, ¿lo ponemos por obra? ¿Contamos con los pobres y los enfermos en la promoción vocacional? ¿Creemos de verdad en el poder de la oración de los más débiles?

Todos necesitamos un sacerdote en nuestra vida que nos dé a gustar el amor de Dios, pero aún más **los pobres, los enfermos y aquellos que sufren soledad**. En medio de sus difíciles circunstancias saben valorar la presencia, compañía y palabra del sacerdote. Qué importante que sepamos transmitir a estos predilectos de Dios lo decisivo del momento que viven para la promoción vocacional. La Iglesia necesita de sus oraciones y del ofrecimiento diario de sus sufrimientos y enfermedades. ¿Hay algo más fecundo que la cruz? Pido a los sacerdotes que ayuden a los pobres y enfermos a ofrecer sus cruces para que estas no queden estériles. Que ofrezcan sus sufrimientos por la abundancia y la santidad de las vocaciones sacerdotales.

35. Por último, quisiera revalorizar en los sacerdotes el servicio oculto en las parroquias que, en ocasiones, puede llegar a convertirse en una verdadera cruz para muchos, **el despacho parroquial** con todo lo que implica: las cuentas, los libros parroquiales, sus copias, la burocracia administrativa. Esta tarea necesaria puede convertirse en algo pesa-

do o convertirnos en meros funcionarios si no le damos un sentido profundo. ¿Por qué no darle un tono pastoral eminentemente vocacional? Os invito, queridos sacerdotes, a que ofrezcáis esos trabajos, que no se valoran ni agradecen, esas horas escondidas en vuestros despachos parroquiales, por las vocaciones sacerdotales. Pedidle al Señor que bendiga a vuestra comunidad parroquial con una vocación, ofreciéndole vuestro trabajo constante, abnegado y silencioso en los despachos parroquiales. Ojalá que cada parroquia llegue a tener, al menos, un seminarista.

La escuela, forja de las vocaciones

36. La escuela es un importante apoyo para la familia en la tarea apasionante de educar a los hijos. Los padres deben encontrar también en la escuela, a través de la clase de Religión católica, un acompañamiento en la iniciación cristiana que sus hijos van realizando. A la vez, la escuela debe ayudar a los alumnos en su orientación vocacional. Un maestro o profesor que sepa discernir posibles indicios vocacionales, que tenga la capacidad de escuchar y valorar una posible vocación sacerdotal, puede convertirse en un servicio impagable a la Iglesia y a la sociedad. Hay muchos chicos que no tienen a nadie con quien aclarar sus preguntas y deseos vocacionales.

37. La archidiócesis de Toledo cuenta con un importante número de colegios diocesanos que, agrupados en la ***Fundación para la Enseñanza «Arzobispo Rodríguez Plaza»***, constituyen una fuente de gran esperanza para nuestra sociedad y nuestra Iglesia particular. Algunas de las vocaciones que solicitan el ingreso en nuestros Seminarios proceden, de hecho, de nuestros Colegios diocesanos. Pidamos al Señor que sean muchos más.

A este respecto, es necesario fortalecer el vínculo, ya existente, entre los centros escolares diocesanos y nuestros Seminarios, de modo que, en coordinación con el equipo directivo y los equipos de pastoral respectivos, se promuevan grupos de chicos con inquietud vocacional, se

ofrezcan itinerarios atractivos y eficaces, así como un acompañamiento espiritual y una vida de oración seria para los miembros de estos grupos.

38. La sensibilidad vocacional debe estar presente en todos **los docentes de nuestros centros**. La vocación sacerdotal nos afecta a todos y, por tanto, todos debemos estar atentos a los indicios vocacionales que un alumno pueda manifestar. Sin embargo, considero que los sacerdotes destinados en los colegios diocesanos y sus orientadores deben prestar una especial atención a esta cuestión. La propuesta de la vocación sacerdotal debe estar explícitamente presente en los **Planes de Acción Tutorial** que elaboran los orientadores y en las entrevistas que el tutor, el orientador o el director espiritual tienen con el alumno a lo largo de su proceso formativo.

39. La ayuda que los docentes pueden ofrecer a los alumnos y sus familias a la hora del discernimiento vocacional no se reduce a los centros diocesanos. La labor de los docentes cristianos en aquellos centros que no pertenecen a la Iglesia puede ser fundamental en el ámbito vocacional. Animo a todos los **maestros y profesores cristianos** a una participación activa en la promoción de vocaciones sacerdotales a través de la propuesta y la escucha. «No debe existir ningún temor en proponer directamente a una persona joven o menos joven la llamada del Señor. Es un acto de estima y de confianza. Puede ser un momento de luz y de gracia.»³³

40. La figura del **orientador y el profesor de religión** tienen una situación de especial relevancia en las escuelas e institutos de nuestros pueblos y ciudades. Especialmente ellos deben presentar la vocación sacerdotal a sus alumnos en los cursos decisivos de su discernimiento personal como puede ser 4º y 6º de Primaria, en los que por el cambio de ciclo es más fácil la incorporación a nuestro Seminario menor y 4º de la E.S.O., curso en el que los alumnos optan por el grado o bachillerato que les capacitará para sus estudios superiores o su vida laboral.

33 San Juan Pablo II, Mensaje para la XX Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, 1983.

V. CONCLUSIÓN

41. Al concluir esta carta, quisiera hacerme eco de unas palabras pronunciadas por Benedicto XVI en su viaje a Alemania del año 2011: «Donde está Dios, allí hay futuro»³⁴. Dios está siempre con nosotros según su promesa (Mt 28,20), pero necesitamos de sacerdotes que nos enseñen y nos hagan presente la bondad y el amor de su Corazón y nos enseñen a imitarlo y a vivir según su Espíritu. Sólo así podremos mirar con esperanza el futuro.

Al poner, con esta Carta pastoral, a toda la archidiócesis en clave y orientación vocacional, quisiera también agradecer a todos cuanto ya hacéis por la promoción de las vocaciones al sacerdocio.

42. Hago memoria agradecida de cada uno de **los sacerdotes de nuestra archidiócesis**, desde los mayores que brillan ante nosotros por su vida entregada a Cristo y a la Iglesia y son para todos nosotros una gran reserva espiritual y humana de experiencia y de fecundidad, hasta los más jóvenes que llenan nuestra archidiócesis de la energía, de la alegría y del deseo de llevar a todos el amor infinito de Cristo. Además, es un gran gozo para nosotros la gran cantidad de sacerdotes de nuestro presbiterio que están dando su vida en la extensión del Evangelio en tierras de misión y también el hecho de que algunos de nuestros sacerdotes hayan sido llamados al ministerio episcopal tanto para España como para fuera de ella.

Queridos sacerdotes: el Seminario *«es la gran casa de familia que merece vuestro amor y vuestra entrega porque en ella os formasteis para el sacerdocio y en ella siguen educándose los jóvenes que continuarán mañana la misión sagrada que vosotros realizáis ahora»*³⁵. Al recordar nuestros años de formación en el Seminario Mayor «San Ildefonso», al que muchos de vosotros accedisteis tras pasar por el Seminario Menor «Sto. Tomás de Villanueva», agradezcamos a Dios los inmensos frutos que esta gran casa ha dado y sigue dando.

34 Benedicto XVI, Discurso en la Vigilia de oración con los jóvenes (24 septiembre 2011).

35 Cfr. Cardenal Marcelo González, Carta Pastoral *Un Seminario nuevo y libre*.

Agradezco también al Señor la presencia en nuestra diócesis de otras casas de formación sacerdotal, como la del «Sagrado Corazón», de la Hermandad de Hijos de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, en Toledo, la del «Sagrado Corazón y Nuestra Señora del Rosario», de los PP. Operarios del Reino de Cristo, en Olías del Rey y la de «Santa María de los Pobres», de los Siervos de los Pobres del Tercer Mundo, en Ajofrín, que reciben su formación teológica en nuestro Instituto Superior de Estudios Teológicos «San Ildefonso». Su presencia, su espiritualidad, sus carismas son una indudable riqueza para nuestra archidiócesis y para la Iglesia universal.

43. Agradezco a la **vida consagrada** su entrega en lo escondido del claustro, en el caso de la vida contemplativa, o en la conjugación de la oración y el apostolado en sus diversas formas, en el caso de la vida activa. Sé que tenéis siempre muy presente la necesidad de orar para que el Señor siga bendiciéndonos con muchos y santos sacerdotes, como también sé que sois para todos los sacerdotes estímulo e iconos vivientes del amor oblativo de Cristo y de la vida nueva, preguftación de la eterna, a la que Él nos llama.

44. Mi gratitud se dirige también a **todos los fieles cristianos** que rezan por la santidad de los sacerdotes y las vocaciones sacerdotales, sostienen con sus limosnas a nuestro Seminario y apoyan, quieren y animan a los seminaristas y a los posibles candidatos al Seminario. A todos os invito a que vuestra vinculación espiritual con el Seminario crezca más y más, mediante vuestro conocimiento afectuoso, vuestra oración y vuestro compromiso por él.

45. Quisiera tener un recuerdo muy especial a **todos los padres y madres, vivos o difuntos, de nuestros sacerdotes y seminaristas**. Sólo Dios sabe el sacrificio interior que, tal vez, hicisteis al dejar que vuestros hijos respondieran con libertad a la llamada del Señor; a todos nos dais un ejemplo del verdadero amor, como el de la Virgen y san José: amar sin poseer. Dios, que no se deja ganar en generosidad, os premiará

ARZOBISPO DE TOLEDO

en esta vida y en la otra vuestra generosidad, vuestros ejemplos de sencillez y de piedad, vuestras oraciones y vuestros desvelos no sólo por vuestro hijo, sino también por los demás sacerdotes a los que él queda vinculado con vínculos de verdadera fraternidad mediante el Sacramento del Orden. De algún modo, los padres de un sacerdote sois padres de todos los sacerdotes. Todos hemos sido testigos del afecto sincero y familiar que se establece entre los padres de los sacerdotes que han compartido años de Seminario, algunos, incluso, desde niños.

A unos y a otros, a todos, os pido que sigáis dando vuestro apoyo, vuestra ayuda, vuestras plegarias y vuestra colaboración al Seminario y a las vocaciones sacerdotales.

Por mi parte, os aseguro mi compromiso a trabajar con denuedo, como lo han hecho mis antecesores en la sede primada, por esta intención que está en el centro de mi corazón.

Invocando la intercesión de la Inmaculada Virgen María, ante cuya imagen todos los sacerdotes nos hemos consagrado en vísperas de nuestra Ordenación sacerdotal, os bendigo a todos de corazón.

*Oh María,
Madre de Jesucristo y Madre de los sacerdotes:
acepta este título con el que hoy te honramos
para exaltar tu maternidad
y contemplar contigo
el Sacerdocio de tu Hijo unigénito y de tus hijos,
oh Santa Madre de Dios.
Madre de Cristo,
que al Mesías Sacerdote diste un cuerpo de carne
por la unción del Espíritu Santo
para salvar a los pobres y contritos de corazón:
custodia en tu seno y en la Iglesia a los sacerdotes,
oh Madre del Salvador.
Madre de la fe,
que acompañaste al templo al Hijo del hombre,
en cumplimiento de las promesas*

*hechas a nuestros Padres:
 presenta a Dios Padre, para su gloria,
 a los sacerdotes de tu Hijo,
 oh Arca de la Alianza.
 Madre de la Iglesia,
 que con los discípulos en el Cenáculo
 implorabas el Espíritu
 para el nuevo Pueblo y sus Pastores:
 alcanza para el orden de los presbíteros
 la plenitud de los dones,
 oh Reina de los Apóstoles.
 Madre de Jesucristo,
 que estuviste con Él al comienzo de su vida
 y de su misión,
 lo buscaste como Maestro entre la muchedumbre,
 lo acompañaste en la cruz,
 exhausto por el sacrificio único y eterno,
 y tuviste a tu lado a Juan, como hijo tuyo:
 acoge desde el principio
 a los llamados al sacerdocio,
 protégelos en su formación
 y acompaña a tus hijos
 en su vida y en su ministerio,
 oh Madre de los sacerdotes. Amén³⁶*

En Toledo, a 14 de septiembre de 2021
 Fiesta de la exaltación de la Santa Cruz

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
 Arzobispo de Toledo
 Primado de España

36 San Juan Pablo II, Exh. ap. posts. «Pastores dabo vobis» (25 marzo 1992).

